S

Wup

Á

UN COBARDE OTRO MAYOR

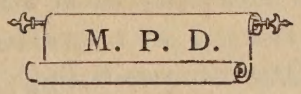
PIEZA CÓMICA EN UN ACTO

IMITADA DEL FRANCÉS

POR EL ESTUDIANTE

Antonio María Segovia e Izquierdo

CUARTA EDICION



PRECIO: 4 REALES

MADRID:
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE E. CUESTA,
Calle de la Cava-alta, núm. 5.
1881.

11

PERSONAJES Y CARACTÉRES.

Don Amadeo Soave, maestro de música, hombre como de treinta años, sencillo, cándido, cobarde, amante correspondido de

Mariana su discípula, jóven de veinte años, simple, y de mediana educacion; hija de los dos siguientes.

Don Pedro del Rincon, hombre tosco, honradote y franco de carácter; viejo, pero robusto y valiente; capitan de nacionales.

Doña Ruperta su esposa, mujer ordinaria, orgullosa y de poco talento.

Don Alonso Calvo, hombre ruin, travieso, enredador, y de mediana edad. (Este papel debe encomendarse á un buen actor.)

El Capitan, jóven galan, bizarro, de buen humor.

(Ninguno de estos personajes saldrá vestido de uniforme.)

La escena se supone en Madrid en 1839.

Esta composicion pertenece á la Galería Dramática que comprende los teatros moderno, antiguo español y extranjero, y es propiedad de su editor *D. Manuel Pedro Delgado*, quien perseguirá ante la ley, para que se le apliquen las penas que marca la misma, al que sin su permiso la reimprima ó represente en algun teatro del reino, ó en los liceos y demás sociedades sostenidas por suscricion de los socios, con arreglo á la ley de propiedad intelectual de 10 de Enero de 1879 y publicada en la *Gaceta* del 12 del propio mes y año.

ACTO ÚNICO.

El teatro representa una sala decentemente amueblada; puerta al foro; ventana á la derecha que da á un jardin, y debajo de ella una mesa. Un piano á la izquierda. Al frente una grande alacena. Sobre el piano un espejo.

ESCENA PRIMERA.

MARIANA, al piano; RINCON, escribiendo. Al levantarse el telon se oye que Mariana acaba de tocar y cantar.

MAR. ¡Qué bonita es! ¿Verdad, papá?... ¿No es verdad que es muy bonita esta cancion?

RINCON. (Distraido.) ¿Eh?

MAR. ¿Qué? (En todo este diálogo Rincon habla unas veces escribiendo, otras levantando la vista para volverse á mirar á su hija. Los puntos suspensivos indican las pausas que hace naturalmente el que quiere dividir su atencion.)

MAR. (Aparte.) ¡Qué distraido está! Nunca le he visto escribir con tanto afan. ¿Qué estará escribiendo?

RINCON. ¿No sigues tocando, muchacha?

MAR. Creí que le incomodaria á usted.

RINCON. ¡Qué disparate! A mí todo lo que es música me gusta... hasta el Pange-lingua... Cuando yo era herrador...

MAR. ¡Vaya! salimos ya con...

RINCON. ...Machacaba tan á compás en la vigornia... que un maestro de baile se vino á vivir frente de mi casa... porque se ahorraba de músicos al tiempo de dar las lecciones.

MAR. Siempre tiene usted en la boca lo de... ¿Quién

724411

le pregunta á usted si ha sido herrador ó no lo ha sido?

RINCON. ¡Chica!... ¿Piensas tú que porque yo me lo calle lo ha de echar en olvido el mundo?... Herrador y maestro de albéitar examinado... para servir á Dios y al rey, como decian entonces. Si despues me he hecho rico, mejor para tí, que no tendrás que ser herradora, y te has criado para señorita.

MAR. Gracias á Dios.

RINCON. ¿Qué? (Siempre distraido y escribiendo.)

MAR. Digo que me alegro mucho.

RINCON. ¿De qué te alegras?

MAR. De que le haya soplado á usted la fortuna.

RINCON. La fortuna siempre sopla... quiero decir, siempre ayuda á los atrevidos, como dice don Juan el médico. Solo que él antes de explicarlo lo suele decir en griego como escribe las recetas... *Agraces, fortuna y ubas...* Mi valor, mi atrevimiento fueron los que... (Echa polvos y vuelve la hoja.) ¡Ya, ya!... Quince éramos los Empecinados, y setecientos los franceses. (Mariana se va acercando de puntillas á mirar lo que escribe su padre.) Los pillamos en el desfiladero... ¡Pimp! ¡Pomp! ¡Pamp! Matamos cincuenta... Les entra el miedo, el desórden; echan á correr por aquellos montes, abandonan el convoy... Y cátate á Perico Rincon apoderado de cuatro ó cinco maletas gabachas, rellenas de buenas onzas españolas... Aquel fué el principio de... ¿Pero qué haces, muchacha? ¿Me estás fisgando lo que escribo?

MAR. ¡Yo! ¿Pues á mí qué me importa? ¿Y para quién es esa carta tan larga?

RINCON. Mira, chiquita, vuélvete al piano, y déjate de curiosidades.

MAR. ¿Al piano?... Me veo tan atada cuando no tengo al lado á don Amadeo.

RINCON. ¡Pues! ¡Don Amadeo! Como si tú necesitáras de maestro ni de lecciones. Si cantas bien es...

como yo... porque tiene disposiciones naturales. El que lo hereda...

MAR. ¡Jesus, papá! No diga usted eso. Pues si no fuera por él... (Mariana vuelve al piano.)

RINCON. Sí tal: si no fuera por él, no hubiera yo gastado cinco mil reales en la enseñanza, ni... En fin, verás como él se contentará con su solfa, sin quererse meter en otras músicas...

MAR. (Con inquietud.) ¿Por qué? (Aparte.) ¡Ay Dios! Sin duda era la carta lo que yo sospechaba.

RINCON. ¡Jm! ¡El maestrico! Venírseme por escrito con peticiones... Pero ya, ya digo aquí en esta carta lo que hace al caso... á lo militar... claritamente.

MAR. ¡Ah! ¿Con qué es á don Amadeo á quien está usted contestando?

RINCON. No precisamente á él; pero...

ESCENA II.

DICHOS, DOÑA RUPERTA, que entra de la calle con un cestillo.

RUP. ¡Ay Dios! ¡Qué calor por esas calles! ¡Jesus, Jesus, qué bochorno!

RINCON. ¡Hola! ¿Ya está usted por acá, señora? (Echa polvos y se levanta.)

RUP. Y molida de tanto andar. Pero es una gloria cómo está de fruta aquella plazuela. Mira, Perico, mira qué manzanas. ¿Marianita?

MAR. ¿Mamá?

RUP. Dame acá una fuente. (Mariana va á la alacena por una fuente en donde su madre coloca las manzanas.)

RINCON. ¡Pero, mujer, que no he de poder quitarte el vicio de ir á la plaza! ¿No tienes criada?

RUP. ¿Y por qué no he de ir yo en persona? ¿Tiene eso algo de particular? Si tú vieras lo de señoras que nos juntamos allí todas las mañanas... (Dobla la mantilla, y se la da á Mariana con el cesto.) Toma, ve colocando todo eso con cuidado. (Ma-

riana sale, y vuelve al instante.) ¡Vaya! Todo el señorío de Madrid. Por señas que he visto á la mujer de don Lorenzo, el cabo del resguardo, y me ha recomendado con mucho empeño á uno del batallon que te quiere pedir una gracia.

RINCON. ¿De mi batallon?

RUP. Sí. (Olfateando las manzanas.) ¡Hui! ¡Qué ricamente huelen!... Yo no sé cómo se llama...

RINCON. ¿Alonso Calvo?

RUP. Calvo, sí, justamente. Parece que...

MAR. ¿Mamá, las guardo en la alacena?

RUP. No, déjalas sobre el piano, que ahora me las llevaré yo.

RINCON. Sí, déjalas, déjalas sobre el piano, y verás cómo en viniendo da cuenta de ellas el golosazo del maestro.

MAR. No es él tan atrevido que...

RINCON. (Con intencion.) No digo yo que sea atrevido. ¡Atrevido! ¡Quea! Nada de eso. Precisamente el pobre peca siempre de lo contrario; de falta de atrevimiento.

MAR. ¿Don Amadeo? No entiendo qué quiere usted decir con eso.

RINCON. Yo si lo entiendo. Primo hermano del tal Calvo, que tu madre me recomienda. ¡Vaya un par de ciudadanos! Para que ellos hubieran hecho lo que yo en el segundo sitio de Zaragoza.

RUP. No, pues no empieces con tus tonterías. Tú eres maniático, y en atravesándotese una persona entre ceja y ceja...

MAR. Tiene usted razon.

RINCON. ¿Cómo? ¿Cómo es eso? (Se pone en medio de las dos.)

RUP. ¡Por más que digas, es un hombre muy apreciable!

MAR. Y de mucho mérito.

RUP. Y que, segun dice, nos quiere mucho.

MAR. Pues ya se ve que nos quiere.

RUP. Un jóven de excelentes disposiciones.

MAR. Y de muy buena voz...

RUP. Para mandar un batallon.

MAR. Y para cantar á toda orquesta.

RINCON. (Con mucha sorna, despues de mirarlas alternativamente.) ¿Y cómo se llama ese señor por quien tanto ustedes se interesan?

RUP. ¿No te lo he dicho?

MAR. ¿No lo sabe usted?

RUP. Calvo. } (A un tiempo.)
MAR. Don Amadeo. }

RINCON. Ja, ja, ja... Ya sabia yo que cada una iba por su lado... Cada cual elogiaba á su pretendiente. La fortuna es que á los dos pienso dejármelos iguales.

RUP. y MAR. ¡Cómo!

RINCON. (Tomando un papel de sobre la mesa.) Lee, lee esta carta que acabo de escribir... y si no, léela tú, chica, que despacharás más pronto.

RUP. (Yendo á las manzanas.) ¡Malditas moscas! Que no han de dejar cosa que no...

RINCON. Mujer, déjate de moscas y escucha. Verás lo que se llama una carta bien puesta, y, al alma... Yo no he estudiado leyes, ni teologías, ni gramática; pero á escribir una carta me hecho con cualquiera.

MAR. (Leyendo con alguna torpeza.) «Señor D. Alonso Calvo: Muy señor mio y amigo mio, y servidor de mi mayor estimacion. He recibido la de usted, en que me dice de como quiere ser brigada en la milicia de mi batallon...»

RUP. Birgada, birgada, eso es: birgada me dijo la Mariquita que era la pretension que solicitaba.

RINCON. Calla, mujer, y no interrumpas.

MAR. «.....En la milicia, de mi batallon. A lo cual le digo á usted que bien entiendo yo eso, que es para no hacer guardias. Y le digo á usted que á su proposicion respondo, de que cuando los ciudadanos de mi batallon me han delegido capitan de esta compañía...»

RUP. Y aunque no se hubieran acordado de semejan-

te cosa... que está la casa revuelta desde que...

RINCON. ¿Quieres callar? Sigue, niña.

MAR. «..... De esta compañía, fué para que yo con mi valor los mandara; y para que en nuestras juntas que nosotros tenemos, dé siempre con mi conciencia aquel voto que tuviese por más aparente del bien de toda la milicia y de este batallon. Yo soy el padre de los indivíduos de mi compañía, y los miro como á hijos; así como miro á una hija que tengo, porque soy su padre.»

RUP. ¡Y qué verdad que es todo eso!

MAR. «Y yo, para la inteligencia de usted, sé que ningun cobarde es bueno para nada bueno; y como lo sé que es usted, y lo que usted hizo cuando el lance de marras, obrando como buen padre de mis nacionales, me opondré con todo mi flujo á que usted sea brigada. Y obrando como buen padre de mi hija, hoy mismo contesto con esta fecha...»

RINCON. Con esta fecha...

MAR. «Con esta fecha á su maestro de música don Amadeo, que nunca... será mi yerno.» ¡Ah!

RUP. (Al mismo tiempo que Mariana.) ¡Cómo!

RINCON. Sigue, sigue, verás un final de una carta bien puesta.

MAR. (Leyendo balbuciente.) «Con este motivo... celebro esta ocasion... de complacer á usted. Y usted mande siempre con el mismo reconocimiento á este su seguro servidor... que en lo que pueda servirle besa á usted la mano.—Pedro del Rincon y Remacha.»

RINCON. ¿Qué tal? (Cuando se vuelve hácia su mujer para hacerle esta pregunta, se encuentra con que ella está espantando las moscas.) Mujer, ¿quieras con mil diablos dejar esas manzanas?

MAR. ¿Lo ha oido usted, mamá? Ni Calvo será brigada...

RINCON. Ni el musiquin tu marido; esto es. Nada con gente cobarde.

RUP. ¿Pero qué motivos tienes tú para decir que don Amadeo?..

RINCON. ¿Qué motivo? Pregúntaselo á cierto sujeto que le anduvo en el bulto dias pasados, y le solfeó en el pellejo una ária fufa, sin que el hombre se diera por entendido.

MAR. Pero, papá, puede que no sea cierto.

RINCON. Por si ó por no, á mí me basta que lo digan. Y no sólo le prohibo que ande contigo en esos amoríos de que tu madre tiene la culpa, sino que es preciso que le digais que no me vuelva á poner los piés en esta casa, ¿estamos? Que para gallinas bastantes hay con las del gallinero.

RUP. ¿Y tambien dejas desairado á mi recomendado?

RINCON. ¡Otro que tal baila! Noches pasadas iba de patrulla por el Rastro. Dos borrachos... ó dos pícaros, estaban escondidos detrás de una esquina... Sacan dos trabucos... preparan... y al acercarse el peloton, apuntan... ¡prrrum!

ESCENA III.

DICHOS y DON AMADEO, que sale vestido sin ridiculez, pero con un poco de afeminacion.

AMADEO. (Ha entrado despacio, y viene á encontrarse al lado de Rincon, á cuyo ademan retrocede asustado dando un grito.) ¡Ay!

RINCON. Ja, ja, ja... lo mismo... lo mismo hizo el otro pobrete... Ja, ja, ja... (Aparte á doña Ruperta.) Cuidado, que este hombre ha de quedar hoy mismo despedido. Ja, ja, ja. (Váse riendo.)

ESCENA IV.

DON AMADEO, DOÑA RUPERTA y MARIANA.

AMADEO. (Viendo salir á Rincon, y riéndose con mucha sinceridad.) Ja, ja, ja, ja... ¡Qué buen humor tiene hoy el amo de la casa! (Aparte.) Se conoce que mi carta

le ha hecho efecto. ¡Mia es Marianita! ¡Oh! ¡Si nos casáramos pronto!... El año que viene al teatro de Barcelona: se ajustaba ella de tenor, yo de tiple... ¡Ah! ¡Qué porvenir tan venturoso! (Volviéndose á las señoras.) Ahora bien, señoras mias, ¿niente dicete al vostro servo? ¿No merezco yo una sola palabra? (Aparte.) ¡Qué encendida está Mariana! Ya se ve... es natural... El amor, el rubor, el encogimiento... ¡Esto del matrimonio!... ¡Hablar de matrimonio á una doncella!... El matrimonio es una cosa que da tanta vergüenza... que causa tanto embarazo...

RUP. ¿Don Amadeo?

AMADEO. (Corriendo hácia ella.) ¿Señora mia?

RUP. Usted extrañará...

AMADEO. No, señora, yo nada extraño, nada absolutamente. Todo lo comprendo, todo lo adivino; de todo me hago cargo... El señor don Pedro habrá recibido mi carta...

MAR. Sí.

AMADEO. La habrá leido...

RUP. Sí.

AMADEO. La habrá contestado...

MAR. Sí.

AMADEO. ¿Y habrá dado cuenta á ustedes de su asentimiento?

RUP. (Con sentimiento.) ¡No!
MAR. No... } (A un tiempo.)

RUP. Nada de eso.

AMADEO. ¡Cómo! Y qué razon, qué pretexto alega...

MAR. Yo no sé.

AMADEO. ¿No hace dos años que asisto á esta casa diariamente? ¿No he puesto todos mis cinco sentidos en la educacion musical de esta señorita? ¿No la he iniciado en los secretos de la mejor escuela de canto que se ha conocido desde los bardos de Escocia hasta los conciertos del Liceo? ¡Cuántos afanes no me he tomado para instruirla en el movimiento de los labios! ¡Cuántos desvelos

no me han causado su pecho y su garganta!... ¡Y su padre me niega el *sí*! Un *sí* tan natural... ¡A mí, que la he hecho llegar al *sí* bemol, á donde no llega tiple alguno!

MAR. Tiene razon.

RUP. No... Si no es por ese lado.

AMADEO. Pues por otro lado: ¿mi familia no es bien conocida? ¿No tengo una profesion lucrativa y honrosa? En mi conducta, ¿ha habido quien ponga jamás tacha alguna?

RUP. Pues con todo eso, nos ha repetido una y dos veces, que nunca, nunca le dará á usted la mano de su hija.

AMADEO. (Conmovido.) ¿Nunca?

RUP. Jamás. Y nos ha mandado quitarle á usted toda esperanza.

AMADEO. ¿Toda esperanza?

MAR. (Sollozando.) ¡Sí, toda esperanza!

AMADEO. ¡Ah! Hombre cruel, padre tirano... ex-herrador inexorable, empedernido albéitar... ¡tú me deshaucias!... (Se arroja sobre la silla que está delante del piano con muestras del mayor abatimiento. Mariana llora en el extremo opuesto, y Ruperta en medio queda suspensa en ademan pensativo. Despues de una breve pausa, don Amadeo toma una manzana, le tira un gran bocado, y dice:) Sí, no hay que dudarlo; esta negativa es la sentencia de mi muerte.

RUP. ¡Calle! ¡mis manzanas!.. ¿Nos va usted á dejar sin postres?

AMADEO. Perdone usted, señora; no estoy para reflexionar nada en este momento. (Se levanta.)

RUP. Sí, pero está usted para comer manzanas. ¡Pues me gusta!

AMADEO. (Con tono declamatorio.) Permita el cielo que se me conviertan en veneno. (Mudando de tono.) ¡Y que agrias son las condenadas!

RUP. ¡Por supuesto, agrias! No han venido mejores á la plazuela en todo el año.

AMADEO. Pero ese hombre, ¿cómo ha podido resistir á la elocuencia de mi carta?

MAR. Eso digo yo.

AMADEO. ¿Ni dónde piensa encontrar un novio mejor para su hija?

MAR. Ni más pronto.

AMADEO. Vamos... es una cosa que yo no podia esperar... que me aturde... (Muerde otra manzana.) que me desespera, que me vuelve loco.

RUP. Pero, don Amadeo, ¿va usted á acabar con mis manzanas?

AMADEO. Voy á acabar... con mi existencia... voy á procurarme una indigestion, un cólico, que en dos horas me lleve á la eternidad. ¡Oh amor! ¡Oh desventurado Amadeo!

RUP. Pues no tiene usted que quejarse, porque toda la culpa es suya.

AMADEO. ¡Mia toda la culpa! ¿De qué manera?

«RUP. Usted tiene cosas... que no son del agrado de »Perico.

»AMADEO. ¡Cosas!... ¿Yo tengo cosas? ¿Y cosas que á Pe»rico no le agradan? Pero, señor, ¿qué cosas son »esas? ¿O qué cosas ha de tener uno, ó cómo ha »de tener uno las cosas para que agraden á Pe»rico? Yo quisiera que usted me explicara...

RUP. Hay genios que...

AMADEO. ¿Genios?... ¿Pues el mio puede ser más complaciente con el señor de Rincon? ¿Le llevo yo alguna vez la contraria? ¿Le enmiendo alguno de los muchos disparates que mezcla en su conversacion? ¿No le escucho con imperturbable cachaza sus repetidísimos cuentos de la guerra de la Independencia? ¿No quebranto á cada paso el octavo mandamiento por decirle que está muy elegante y airoso con su uniforme de capitan? ¿No estoy horas y horas en ese piano, tocando por complacerle el himno de Riego y la jota aragonesa?

RUP. Sí, todo eso está muy bien; pero...

AMADEO. Pero ¿qué?... vamos, diga usted, señora.

RUP. ¿Quiere usted saber por qué es todo ello?

AMADEO. ¡Señora! ¿Que si quiero saberlo? Treinta y nueve minutos hace que no estoy queriendo otra cosa sino saberlo.

RUP. Pues... que le diga á usted, que le diga á usted Mariana.

AMADEO. (Volviéndose á ella.) ¿Marianita?

MAR. Mi padre dice que es usted... así... un poco tímido.

AMADEO. Tímido, cuando me atrevo á escribirle una carta que...

MAR. No, no es eso, sino... un poco encogido.

AMADEO. ¡Encogido! ¡Yo encogido! (Se pasea estirándose mucho.) Pero, señor, ¿de dónde saca ese hombre que yo soy encogido?

RUP. (Con tono resuelto.) En una palabra: que es usted medroso, cobarde, collon...

AMADEO. Siempre crescendo... echa, echa...

RUP. Y que él no quiere en su familia mas que gente de pelo en pecho.

AMADEO. Pues que case á su hija con un oso. Además, no sé cuándo he de haber yo hecho pruebas de valiente. ¿Quiere que ande á estocadas con las semicorcheas? ¿O que en lugar de estar aquí cantando vaya á alistarme en el ejército de Mehemet-Alí? ¿O querrá que siendo músico tenga yo cada semana un desafío de farsa y de grande espectáculo, como si fuese periodista?

MAR. ¡Sin duda! Mire usted que está buena la ridiculez.

RUP. No señor, él no quiere nada de eso; pero dice que un hombre de honor no se deja abofetear como usted lo ha sufrido el otro dia.

AMADEO. ¡Yo! ¡A mí nadie me ha abofeteado: pues no faltaba más!

MAR. ¿No lo decia yo?
RUP. ¿De veras? } (A un tiempo.)

AMADEO. (Con tono solemne.) Lo juro por la sombra de Be-

llini. Don Pedro Rincon... créame usted á mí, señora... Don Pedro Rincon ha oido campanas y no sabe dónde.

RUP. ¿Luego ha habido algo?

MAR. Pero, en fin, ¿á usted no le han dado bofetada?

AMADEO. No, señora, (Pausa.) me han dado un puntapié.

RUP. ¡Uf! pues peor todavía.—Y usted, ¿qué hizo en aquel momento?

AMADEO. ¿En el momento de dármele? ¿Qué habia de hacer? Recibirle.

MAR. Pero, ¿cómo fué el caso?

AMADEO. Yo lo diré. Estaba yo en la plaza de los toros, en delantera de grada... en la grada tercera era, por más señas... No, no, en la quinta... ó en la tercera... lo mismo es... Ello fué, que al salir el primer toro... miento, que fué al salir el segundo... Eso es, al salir el segundo toro, como los picadores no acertasen á ponerle varas, empezó á insultarlos desde un palco allí inmediato, un hombre de fea catadura, barba espesa, grandes bigotazos, y los ojos tan torcidos, que con uno miraba al toril y con el otro al palco de la presidencia. Yo no le conozco ni sé quién es, (aunque él nos dijo despues que era un *caballero*); pero decia tales desvergüenzas, echaba tales votos, y pronunciaba tan sucias palabras (cosa que suelen hacer ahora los caballeros, ni más ni menos que los presidiarios), que indignado uno de los que á mi lado estaban, comenzó á afearle su proceder agriamente, y á pedirle que tuviese moderacion y comedimiento. Al de los bigotes no debió gustarle la reprimenda; y en mangas de camisa y todo como estaba... así, á lo caballero... se bajó del palco para continuar el diálogo facha á facha con su interlocutor. Yo, que preví una ocurrencia de aquellas que suele darnos diariamente el *Diario de Avisos*, aconsejé á aquel prójimo que si no estaba en ánimo de

sostener un duo de mogicones *allegro vivace*, se largase de allí *presto*, *prestísimo*. El hombre tomó el consejo... y se marchó. Llega el bigotudo; y cuando yo, que estaba de pié en aquel momento mirando á la plaza, pensaba que se volveria por donde se habia venido... veo que .. (digo mal) siento que... ¡paf!... me aplica la punta de la bota en... esto es, entre los faldones del frac, por la parte del forro.

MAR. ¡Qué infamia!

RUP. ¡Qué desvergüenza! Y usted, ¿qué hizo?

AMADEO. Figúrese usted... lo que es natural. Alargar la mano derecha...

RUP. Eso, eso.

AMADEO. Y llevármela á la parte dolorida.

RUP. ¿Y se quedó usted tan fresco?

AMADEO. ¡Fresco! ya, ya. Sudaba la gota tan gorda. En el primer pronto me pareció que toda la plaza estaba llena de estrellitas; y un momento despues me caian las lágrimas hilo á hilo. Los circunstantes que vieron la... la... en fin, la barbaridad de aquel caballero... (porque á todas estas, él estaba diciendo que era un caballero, y que á un caballero no se le insultaba; y echaba por aquella caballeresca boca sapos y culebras), le advirtieron que no habia yo sido el de la disputa. Señoras, oir esto, y deshacerse aquel hombre á escusas y disculpas, todo fué una misma cosa.

MAR. Sí, á buen tiempo.

AMADEO. Se vino á mí, me abrazó, me llenó de cumplimientos... y estando en esto, un habano que traia encencido, se le cayó de la boca sobre mi pecho, y se me metió por entre la camisa. El fuego empezó á quemarme, yo á dar saltos y alaridos, los circunstantes á reirse; la gente de los tendidos se ponia en pié para mirarnos; los de los palcos alargaban el cuezo para vernos, y los de la parte de enfrente se volvian locos por

averiguar la causa de toda aquella barahunda.

RUP. Pero usted, ¿qué hizo con aquel hombre? No le le devolvió usted...

AMADEO. ¿El cigarro? Sí señora: al instante me le saque del pecho, sólo que ya estaba apagado.

RUP. ¡Conque sacamos en limpio que mi marido tiene muchísima razon!

MAR. Pero, mamá, ¿qué habia de hacer don Amadeo?

RUP. Desafiarle.

AMADEO. Eso es; para que tras de haberme... (Hace el ademan del puntapié.) me diera una estocada.

RUP. ¡Qué habia de dar! Cuando el hombre no lleva razon, nunca tiene acierto en la mano.

AMADEO. Podrá no tenerla en la mano, pero en el pié, juro á Dios que...

RUP. ¡Qué vergüenza! Mujer soy yo, pero no se me habia de haber ido sin que yo le hubiera dado tres por uno.

AMADEO. Pero, señora, ¿á un hombre que me pide mil perdones, que me abraza, le habia yo de decir: «tenga usted la bondad de volverse de espaldas que voy á...» ¡Vaya! eso no está en mis principios.

RUP. Pues, amigo, yo lo siento mucho, pero será preciso que usted nos deje, y como si nunca nos hubiéramos conocido.

MAR. Pero mamá...

AMADEO. Pero mamá...

RUP. No hay mamá que valga: lo dicho, dicho. Vamos, niña, tráete acá esas manzanas y ven á disponer el servicio de mesa, que pronto llegará nuestro convidado.

AMADEO. ¡Convidado! ¿Qué convidado es ese?

RUP. (Con énfasis.) Un capitan de caballería muy buen mozo, y sobre todo muy valiente... que aspira á la mano de mi hija.

AMADEO. Eso es... ¿Y usted entregará su hija á un capitan de caballería... á un sér anti-músico y feroz que le desgarrará los trajes con sus espolines, y los

oidos con sus voces destempladas; que le hablará del pienso y del inspector; de la remonta y del picadero; que apestará á cuadra, y andará por la casa todo el dia tocando la trompeta, y...

RUP. Todo lo que usted quiera; pero no se dejará pegar de nadie impunemente. Vamos, niña. (Va hácia la puerta, y luego vuelve á tomar las manzanas.)

AMADEO. ¡Así me abandona usted, señora! ¡Así me arrebata usted mis esperanzas, mi ventura, mi primer amor... y hasta las manzanas!

MAR. (Aparte al pasar.) Aguárdeme usted en esta sala.

AMADEO. (Aparte.) Bien, pichona mia. (Alto.) Id con Dios, mujeres ingratas... tigres hembras... Balmasedas del género femenino... Id con Dios.

ESCENA V.

AMADEO.

AMADEO. Ella ha dicho que volverá... sí, volverá... me hablará, yo la hablaré...

(Cantuseando.) Mi rivedrai,
ti rivedró.

Concertaremos los medios de... una fuga, un rapto... un parricidio... un suicidio ó dos... en fin, algun juguetillo romántico de estos del dia... (Se sienta al piano en ademan de tocar y se levanta luego.) ¡Oh! Esto será más digno de tí, Amadeo, mucho más propio de un artista, que no esos casamientos ordinarios y prosáicos que se ven en las parroquias todos los dias. Eso lo hace cualquier mayorazgo tonto, cualquier mercachifle de la calle de Postas; pero un artista, para merecer este nombre, debe hacer muchísima calaverada. (Vuelve á sentarse y á levantarse, y dice mirando hácia la puerta:) Y tú, hombre desalmado que empleastes en *errar* la mejor parte de tu vida... tambien ahora la has *errado*. ¿Tu hija podia ser feliz conmigo, y tú me la rehusas? Pues

bien, lo será sin tu consentimiento. (Se pasea de un lado á otro.) Y antes de tres meses... antes de tres meses te arrepentirás y te pelarás las barbas, viéndote privado del amoroso trato de tu hija y de las inocentes caricias de tus tiernos nietezuelos. (Pausa.) Pero, ¿qué digo? ¿Y si ese tirano padre, conjurado contra mí con el vicario, me endosa su hija al capitan de caballería? ¡Oh furor! Yo la habré criado, educado, instrumentalizado para un soldadote, para una especie de centáuro inarmónico y soez, que preferirá el *ay*, *ay*, *ay*, *mutillac*, á toda la *Muda de Portici*, y que cambiará diez *Guillermos Tell* por una de esas desvergonzadas canciones que han dado ahora en llamar españolas. ¡Oh rabia! ¡Oh desesperacion! (Se sienta al piano y empieza á dar puñetazos sobre la tapa.) ¡Perezca la música! Mueran las semi-fusas, húndanse los sostenidos y bemoles... Y el primer mortal que se presente á mi vista, sea víctima de mi cólera y de mi...

ESCENA VI.

CALVO y DON AMADEO.

CALVO. ¡Qué audacia! ¡Qué intolerancia!

AMADEO. (Asustado y poniéndose en pié.) ¿Qué... qué es eso?

CALVO. ¡Ah! Perdone usted, caballero.

AMADEO. Usted es el que ha de perdonar. (Uno y otro se miran de lejos y se hacen cortesías recíprocamente.)

CALVO. Sin duda he venido á interrumpir...

AMADEO. Nada de eso: estaba aquí ejecutando una sinfonía.

CALVO. Sí, á grande orquesta: ya he oido desde la escalera los timbales... Pero ¡ah! ahora conozco... (Se acerca.) Usted es el señor don Amadeo...

AMADEO. Sí señor.

CALVO. Gran profesor de música.

AMADEO. Efectivamente.

CALVO. Pianista insigne, cantor acreditado...

AMADEO. El mismo, para servir á usted.

CALVO. ¿Para servirme á mí? (Aparte.) Yo me valdré de este hombre. (Alto.) En efecto, ¿desea usted servirme?

AMADEO. Mucho que sí. (Aparte.) Este quiere dar algun concierto en su casa... cuando se adula á un músico... y no se le ha de pagar...

CALVO. Pues bien, amigo mio; la recíproca utilidad que hallan los hombres cuando se asocian...

AMADEO. Sí, sí; pero si es para fundar alguna academia de música, le aconsejo á usted que renuncie, porque le quemarán é usted la sangre y...

CALVO. No, no, si no es eso.

AMADEO. ¿Pues qué asociacion?... Usted querrá hablarme de reforma de cárceles y escuelas de párvulos.

CALVO. No, señor, nada, nada.

AMADEO. Pues hombre, al grano, por Dios.

CALVO. El grano es que yo sé (Con tono misterioso.) que usted pretende á la señorita de esta casa.

AMADEO. ¿Ese es el grano? Pues el grano es muchísima verdad.

CALVO. ¿Y usted la tiene á ella enteramente de su parte?

AMADEO. Enteramente.

CALVO. Pues bien, yo vengo á unirme á ustedes...

AMADEO. ¡Cómo! ¿A que nos casemos los tres? ¡No estaria mala la ensalada!

CALVO. No hombre, ¡qué disparate! A contribuir á disponer las cosas de manera que el padre consienta.

AMADEO. (Alborozado.) ¿Será posible?

CALVO. Silencio: que no nos oigan. Posible, y aun facilísimo.

AMADEO. ¿Cómo?

CALVO. Muy sencillamente. Usted se batirá conmigo.

AMADEO. (Retrocediendo espantado.) ¡Yo... batirme!... ¿Y por qué? Yo ¿qué le he hecho á usted, hombre?...

Yo no le conozco á usted... En mi vida no le he visto hasta ahora... ni aun ahora... jamás, jamás lo he visto á usted.

CALVO. ¡Chs! No hay que alborotarse, si todo eso no importa.

AMADEO. ¿Conque no importa el batirse? ¿No importa el que á uno le... (Como sofocado.)

CALVO. Pero, señor, tenga usted la bondad de escucharme.

AMADEO. Este hombre es un malvado... Así á sangre fria...

CALVO. Oígame usted, oígame usted... Yo soy Calvo.

AMADEO. Sea muy enhorabuena: yo no he tenido nunca nada con ningun calvo, antes soy muy devoto de San Pedro y enemigo de las pelucas. Yo quisiera que cada uno fuera con su calva descubierta, porque al fin el no tener pelo no es ningun delito...

CALVO. Amigo, si usted me interrumpe á cada paso y me sale con esas tonterías... ¿Qué es esto? ¿Viene gente?... (Mientras vuelve la cabeza para ver si viene alguien, don Amadeo le observa con cuidado la cabeza y le tira suavemente del pelo diciendo lo que sigue aparte.)

AMADEO. Pues señor, nadie diria que esto es postizo. ¡Cómo se trabaja en el dia!

CALVO. No, no era nadie. Venga usted acá y óigame con cachaza. Ya sabe usted que este don Pedro, como indivíduo de la junta del batallon, tiene voz y voto...

AMADEO. (Interrumpiéndole.) ¿Qué voz ha de tener? No crea usted semejante cosa... No llega al *re* sobreagudo ni con medio punto. Cuando quiere cantar la marsellesa...

CALVO. Pero si yo no digo en el canto, si no en las juntas. El caso es que él influya en que á mí me hagan brigada.

AMADEO. Ya, ya estoy. (Aparte.) Que me maten si entiendo una palabra.

CALVO. El me tiene por cobarde, y usted...

AMADEO. No, no, no, yo no: yo creo que usted es un Cid.

CALVO. Bien; pues yo iba á decir que él cree de usted todo lo contrario.

AMADEO. Pero si yo no me meto en...

CALVO. Y yo intento persuadirle de que usted es muy valiente.

AMADEO. ¿De qué manera?

CALVO. Un dia, en presencia suya, me pongo yo delante de usted... Le miro á usted con descaro... Usted me mira á mí y se echa á reir á carcajadas... como burlándose...

AMADEO. ¿Dígame usted, llevará usted puesta esa misma corbata, así con ese lazo?

CALVO. Sí, regularmente.

AMADEO. Pues bien, yo me echaré á reir á carcajadas. ¿Y qué más?

CALVO. Entonces yo, ofendido, le tiro á usted á la cara lo que tengo en la mano.

AMADEO. ¿Ese sombrerote? Pues me deshará usted las narices.

CALVO. No, hombre, no: otra cualquier cosa... los guantes, la petaca...

AMADEO. A ver la petaca de usted. (Calvo se la enseña.) ¡De concha! Yo creí que sería de pita. ¡Pero, hombre, usted es un hereje: querer tirarme á la cara ese canuto!...

CALVO. Señor, si todo eso es indiferente: el caso es trabarnos de palabras... Yo te insulto á usted; usted me insulta; nos agarramos...

AMADEO. ¿Por qué? (Todo este diálogo será muy rápido.)

CALVO. Nos separan...

AMADEO. Bien.

CALVO. Yo le desafio á usted. Usted acepta.

AMADEO. No acepto.

CALVO. Le insto á usted á que elija armas...

AMADEO. Yo respondo que no quiero.

CALVO. Usted elije las pistolas... Nombra usted padrino...

AMADEO. ¿Para mi boda?

CALVO. No, para el desafio: al mismo Rincon. Yo nombro á un amigo de confianza... él carga las pistolas... como yo le diga... ya me entiende usted...

AMADEO. Que me empalen si...

CALVO. Salimos al campo... nos ponemos á doce pasos... tiramos...

AMADEO. (Muy apurado.) Yo no quiero tirar... yo no quiero que usted me tire...

CALVO. No nos herimos...

AMADEO. ¡Ah!

CALVO. Entonces, mi padrino me abraza á mí...

AMADEO. ¿Eh?

CALVO. Rincon le abraza á usted.

AMADEO. ¡Oh!

CALVO. Yo tambien le abrazo...

AMADEO. ¡Uff!

CALVO. Todos nos abrazamos, y en seguida nos vamos juntos á almorzar.

AMADEO. Y para almorzar juntos, ¿qué necesidad hay de andar á pistoletazos? Y si me rompe usted una pierna, un brazo, una cabeza... Porque al fin yo no tenga más que esta, y... Nada, nada de eso: ¿para qué son todos estos embolismos?

CALVO. Porque de esa manera Rincon verá que somos dos valientes, y á mí me hará brigada y á usted marido: yo conseguiré no hacer guardias, y usted logrará á su Mariana.

AMADEO. (Breve pausa.) Pues señor, á todo me allano menos á lo de las pistolas.

CALVO. ¡Qué tontería! Vamos, no hay que replicar: es cosa corriente... Siento pasos... alguien viene... Abur, mañana nos batimos. (Váse precipitadamente.)

ESCENA VII.

DON AMADEO y MARIANA despues.

AMADEO. ¿Mañana?... ¿Yo?... ¡Qué horror! ¡Mañana! Andar á pistoletazos... Ese hombre es un temerario... un... ¡Hui!... ¡Qué desazon siento aquí en la boca del estómago!.. (Sale Mariana.) ¡Ay! Mariana... ese mónstruo... ¿ha visto usted á ese mónstruo?

MAR. ¿Al capitan?

AMADEO. No; ese es otro mónstruo.

MAR. ¿A mi padre?

AMADEO. Tampoco; ese es el mónstruo número tres. Yo digo á este que acaba de salir de aquí... ese espadachin... ese duelista...

MAR. Pero, ¿qué ha dicho? ¿Qué ha hecho? Usted está temblando, don Amadeo.

AMADEO. ¿Estoy temblando? Bien podrá ser, no lo dudaré... de ira, de coraje...

MAR. Lo mismo me sucede á mí. Figúrese usted que se empeña mi padre en que tenga una entrevista con el capitan, aquí mismo en esta sala.

AMADEO. ¿Una entrevista, eh? Bueno: pues yo asistiré á ella; yo le diré...

MAR. ¡Qué disparate! Si él cree que usted se ha ido para no volver, y quiere que me vea con ese hombre á solas.

AMADEO. ¡A solas! ¡Cielo santo! ¡Y hay todavía padre que deja á su hija á solas con un capitan!...

MAR. De lanceros.

AMADEO. ¡Y eso, despues de seis años de guerra civil! Bien dicen, que las lecciones de la experiencia casi siempre son perdidas. El hombre es un animal que no escarmienta. ¿Y tú, Mariana, tú habrás de ser entregada á Marte estando tan decidida por Apolo? ¡Tú militara, siendo yo paisano! ¡Tú al frente de una compañía de

lanceros, en vez de estar á la cabeza de una compañía de ópera. (Tomándole la mano.)

MAR. (Enternecida.) No, jamás, don Amadeo: con usted ó con nadie.

AMADEO. ¿Me lo juras?

MAR. Sí, lo juro.

AMADEO. (Cantando y extendiendo horizontalmente el brazo derecho y la mano.) Il giuro. Pues bien, hermosa mia, Mariana de mi corazon, nos casaremos... sí, nos casaremos... (La abraza.) Que venga, que venga ahora el capitan de lanceros... (Se oyen los pasos y la voz del capitan y de Rincon.)

MAR. ¡Dios mio! El capitan. (Va hácia la puerta á observar.)

AMADEO. (Todo asustado.) ¿Qué?

MAR. (Volviendo.) Y mi padre... escóndase usted pronto, pronto...

AMADEO. ¿Pero, en dónde?

MAR. En cualquiera parte.

AMADEO. ¿En tu alcoba?

MAR. No, en esta alacena.

AMADEO. Bueno: por si dura el bloqueo. (Esto lo dice ya al tiempo de agazaparse.) Tenemos municiones de boca. ¿Y cómo sabré cuándo he de salir?

MAR. Yo haré una señal... un estornudo.

AMADEO. No, porque un estornudo puede ser casualidad: mejor será quince estornudos de seguida.

MAR. O si no, una escala en el piano... la de *do*.

AMADEO. ¡Perfectamente! ¡Oh idea musical! ¡Oh peregrina! (Al decir esto aparecen Rincon y el capitan; Mariana pega un portazo y cierra la alacena quedando con la mano puesta en la llave, y de espaldas á la puerta de entrada.)

ESCENA VIII.

MARIANA, RINCON y EL CAPITAN.

RINCON. ¿Qué tal? Es una perla la muchacha. Ya está ella ahí en su alacena arreglando las cosas para darnos un buen rato. ¿Marianita?

MAR. ¿Mande usted?

CAPITAN. (Aparte.) ¡Qué pesado es el hombre y qué ordinario! ¿En dónde me iba yo á meter por un necio capricho? Y á las primeras de cambio ya me tratan como novio.

RINCON. Déjalo todo y ven acá...

CAPITAN. (Aparte.) Procuremos echarnos fuera de este bodorrio, y que se guarde la niña, su dote y su hermosura.

RINCON. (Trayendo á su hija de la mano.) Aquí tienes á este caballero oficial... mi amigo del campo del honor... jóven, soltero, buen mozo... y que gusta mucho de las muchachas.

CAPITAN. (Aparte.) ¡Qué majadero!

MAR. Yo lo creo: á todos los oficiales les gustan las muchachas.

CAPITAN. Cuando como usted son lindas... (Aparte.) La hija tiene traza de ser tan necia como el padre. Es muy parecida á usted.

RINCON. Sí señor: así me lo decian todos el dia que la llevaron á bautizar. En la cara se parece á mí, y en el gobierno y arreglo que tiene para la casa, es un escudo de su madre. Verá usted... verá usted cómo tiene esta alacena llenita de cuanto Dios crió. (Se encamina á ella.)

MAR. No, papá, si está eso ahora tan desarreglado...

RINCON. Vamos, déjate de gazmoñerías. (Va hácia la alacena.)

MAR. Por Dios, por Dios, que no abra usted.

RINCON. Pero qué inconveniente...

MAR. Está ahí encerrado...

RINCON. ¿Quién?

MAR. (Con aire misterioso.) El pabo relleno, y no es cosa de que el señor le vea.

RINCON. ¡Qué disparate! En fin, déjalo... Manías de mujeres. No quiere que por ningun título vea usted un pabo relleno que tiene ahí encerrado.

CAPITAN. Ni es cosa de hacer violencia á esta señorita por tan pequeña causa... Yo le doy por visto.

RINCON. Al cabo, al cabo se ha de presentar á usted, porque hoy espero que tengamos el honor de que usted nos acompañe ¿eh?

CAPITAN. Ya ha tenido usted la amabilidad de decírmelo otras dos veces, y no he podido excusarme de aceptar... (Aparte.) De lo cual estoy bien pesaroso.

RINCON. ¡Ah! ¿Lo habia yo dicho?... No lo extrañe usted... Tengo esta cabeza... Conque Marianita, aquí te dejo con ese señor, mientras voy adentro á disponer algunas cosillas... toca cualquier friolerita en el piano, ó dale conversacion. Pregúntale, pregúntale el dia que nos conocimos... el famoso 7 de Julio... A tí que te gustan tanto esas cosas... Porque ha de saber usted que mi hija aprecia mucho á los valientes... lo mismo que yo... Así es que ella es la que ha tenido más empeño en que echemos de casa á ese collonazo de don Amadeo, el maestro de música. Figúrese usted que el otro dia le dieron de bofetones...

CAPITAN. Sí, ya me lo ha referido usted otras dos veces.

RINCON. Lo he referido...

MAR. Pero, papá; no lo crea usted, no fueron bofetones.

CAPITAN. (Aparte.) ¡Hola! Con qué calor vuelve por él la niña.

RINCON. En fin, ya salió de casa. Conque hasta luego.

ESCENA IX.

MARIANA y EL CAPITAN. Cada uno en un extremo del teatro. Mariana pensativa echando ojeadas á la alacena.

CAPITAN. Pues, señor, no hay duda que voy á pasar un rato divertido.

MAR. ¡Y el pobre don Amadeo! Se estará ahogando... y sabe Dios...

CAPITAN. En fin, saquemos fuerzas de flaqueza. (Se acerca

á Mariana mientras esta tiene la cabeza vuelta hácia otro lado.) ¿Señorita?

MAR. (Sorprendida.) ¡Ay, ay!

CAPITAN. ¿Qué es eso?

MAR. Nada... me ha asustado usted... la sorpresa...

CAPITAN. Está usted tan agitada, tan inquieta...

MAR. ¿Yo? No sé: como no sean los nervios.

CAPITAN. Acaso el sentimiento de haber reñido con su maestro.

MAR. Yo no he reñido con él: al contrario.

CAPITAN. ¿Cómo al contrario? (Aparte.) Vamos, ciertos son los toros.

MAR. Quiero decir, que...

CAPITAN. ¿Que ustedes han quedado en buena armonía?

MAR. Por supuesto.

CAPITAN. ¿Y es hombre de habilidad?

MAR. ¡Oh! Eso mucho.

CAPITAN. Pues vamos, ya que no sea posible oir la suya, bien podria yo tener una muestra de la de su discípula.

MAR. Y eso, ¿qué quiere decir?

CAPITAN. (Aparte.) Pues, señor, es tonta rematada. Que si usted tuviera la bondad de tocar ó cantar alguna cosa...

MAR. ¡Ay, Jesus! Yo ahora no tengo gana.

CAPITAN. Pero siquiera un...

MAR. ¡Está el piano tan desafinado!

CAPITAN. Pues yo le he oido antes desde allá dentro, y me parece... (Va hácia el piano, y Mariana se lo impide.)

MAR. ¡Ay! No, no, apártese usted... Está desafinadísimo, créalo usted.

CAPITAN. Pero eso es ya obstinacion. Vaya, anímese usted. Yo tambien entiendo algo de esto... y aun me atreveré á acompañar... (Llega al piano y hace la escala de dó. En el momento se abre la puerta de la alacena, y sale don Amadeo.)

AMADEO. Ecco-mi.

MAR. ¡Ah!

CAPITAN. ¿Eh? (Estas exclamaciones son casi simultáneas; Don Amadeo queda suspenso viendo al capitan: este al oirle vuelve la cabeza á mirarle, y tambien queda suspenso. Mariana, despues de dar aquel grito, se va huyendo.)

ESCENA X.

EL CAPITAN y DON AMADEO. Este sale comiendo un pedazo de pastel. Despues de mirarse recíprocamente en silencio algunos momentos, el capitan prorumpe en una carcajada.

AMADEO. (Riendo tambien con mucha sinceridad.) Ja, ja, ja... (Aparte.) ¡Qué genio tiene tan alegre!

CAPITAN. ¡Bravo, amiguito! ¿Conque usted estaba ahí dentro?

AMADEO. Sí; tomando un bocado.

CAPITAN. Por aprovechar el tiempo.

AMADEO. Sí tal.

CAPITAN. ¿Y hacer más llevadero el escondite?

AMADEO. ¿El escondite?

CAPITAN. Pues: en donde le habia metido á usted la Marianita.

AMADEO. (Aparte.) ¿Quién se lo habrá dicho?

CAPITAN. Sí, hombre, sí; seamos francos. ¿Usted es profesor de música?

AMADEO. Justamente.

CAPITAN. ¿Maestro de piano?

AMADEO. Y de canto. (Esto que sigue en tono de relacion.) Autor de un método de vocalizacion y solfeo el más útil y completo que se ha publicado hasta el dia. Por este sencillísimo sistema la voz se desarrolla y aclara gradualmente, los pulmones adquieren fuerza, la garganta flexibilidad y dulzura, y el discípulo se pone en breve tiempo en disposicion de ejecutar con afinacion, soltura y expresivo canto los pasajes más difíciles de las composiciones modernas. Véndese á cuarenta reales en el almacen de música de la calle del Príncipe, en el de la Carrera de San Jeró-

nimo, en... finalmente, aquí tiene usted dos docenas de prospectos. (Metiendo la mano en el bolsillo.)

CAPITAN. No, gracias, gracias; ahora no se trata de eso, sino que el señor don Amadeo está de acuerdo con su discípula, ¿eh?

AMADEO. En perfectísima consonancia.

CAPITAN. ¿Que le tenia allí encerrado? (Este diálogo con mucha rapidez.)

AMADEO. Si signore.

CAPITAN. Y que aguardaban...

AMADEO. Con unos cuantos compases de espera...

CAPITAN. A que se le hiciese una señal convenida...

AMADEO. Justísimamente... que era la escala de *do* natural.

CAPITAN. Y yo inocentemente he ejecutado en el piano la tal escala.

AMADEO. ¡Iddio sacrosanto! ¡Ha sido usted quien... ya decia yo: es preciso que mí discípula se haya vuelto tonta: en la escala de *do* un *fa* sostenido!

CAPITAN. Ja, ja, ja, ja.

AMADEO. Ja, ja, ja.... (Aparte.) ¡Qué genio tiene tan alegre, tan bonachon!

CAPITAN. (Siempre riendo.) Ha sido lance, ja, ja, ja.

AMADEO. (Lo mismo.) ¿No es verdad que ha sido muy gracioso? (Aparte.) ¡Es amabilísimo! ¡qué lástima que este hombre sea capitan!

CAPITAN. (Recobrando su seriedad.) Pues, señor, vamos á esto.

AMADEO. (Con aire muy complacido.) Vamos á ver.

CAPITAN. ¿Usted sabe que yo soy pretendiente de Marianita?

AMADEO. Ya lo sabia yo.

CAPITAN. (Aparentando mayor seriedad.) Siendo así, estoy en el caso de pedir á usted una satisfaccion.

AMADEO. ¿Qué? ¿Cómo? Yo, señor mio, no le conozco á usted, ni nunca le he ofendido... lo que se llama nunca. (Aparte.) ¡Qué génio tan maldito!

CAPITAN. Si hay ó no ofensa, eso se veria luego. El caso es

que si yo le digo á usted «salgamos al campo...»

AMADEO. Yo contestaré: «salga usted si quiere, que á mí me secan los alrededores de Madrid.»

CAPITAN. ¿Y si yo necesito un duelo para la reparacion de mi honor?

AMADEO. ¡Un duelo! Yo se le proporcionaré á usted... el de una vecina mia que se murió antes de anoche.

CAPITAN. ¿Usted se chancea?

AMADEO. No señor; ¿y usted?

CAPITAN. Yo le digo á usted sériamente que quiero reñir, batirme, verter sangre... (Fingiéndose furioso.)

AMADEO. Pues bátase usted y riña con quien quiera, como no sea conmigo. ¡Vaya, que está bueno! ¿Me meto yo con usted? (Aparte.) Este hombre es el mismísimo demonio. ¿Habráse visto génio más condenado?

CAPITAN. Ja, ja, ja... Vaya, ya voy yo conociendo que usted no tiene humor de pendencia.

AMADEO. ¡Lo va usted conociendo! Pues podia usted haberlo conocido hace ya rato.

CAPITAN. El caso es... que yo... cambiaria de bisiesto...

AMADEO. ¿Cómo de bisiesto? ¿Qué tiene que ver el dia 29 de Febrero?...

CAPITAN. Quiero decir, que le permitiria á usted que amase á Mariana.

AMADEO. (Sorprendido y gozoso.) ¿Lo dice usted de veras?

CAPITAN. Con toda mi alma.

AMADEO. (Aparte.) ¿Se habrá visto génio más amable? ¡Qué bondad! ¡qué afabilidad! ¡qué fortuna la mia! Amar y ser amado de una mujer con el consentimiento de su marido.

CAPITAN. ¡Cómo de su marido, insolente!

AMADEO. ¡Ay, ay! ¿Otra vez se enfada usted? Pues no decia...

CAPITAN. Digo que lo permito, renunciando yo á esta boda.

AMADEO. ¡Aaah! ya; ¿usted renuncia? ¿usted presenta su dimision como si dijéramos?

CAPITAN. Y aun hablaria en favor del buen don Amadeo, pero...

AMADEO. (Acercándose con cariño.) ¿Pero qué? vamos.

CAPITAN. ¿Qué? que el compadre Rincon no gusta de gallinas.

AMADEO. ¡Jesus qué simple! Pues con arroz...

CAPITAN. Amigo, usted no entiende una palabra de lo que se habla. Quiero decir, que si usted pide á Rincon su hija, no es muy seguro, que...

AMADEO. Sí señor: es muy seguro, segurísimo... que me la negará.

CAPITAN. Bien; y eso por la idea que tiene de que es usted un poco cobarde.

AMADEO. ¡Cobarde! Pero señor, si yo me atrevo con la muchacha, ¿qué importa mi valor para lo demás? Le pido yo una doncella, ó algun toro de Gaviria para... ¡Cuidado que es mucho cuento!

CAPITAN. ¿Y qué se le ha de hacer? Son aprensiones, él dice que si á usted le desafian, no aceptará con resolucion.

AMADEO. Ni con resolucion ni sin ella: no aceptaré de manera ninguna. ¿En qué quedamos? ¿Soy yo espadachin, ó maestro de música? Si fuera militar como usted, tambien seria valiente como usted, y guapeton como usted, y alborotado como usted, y calavera como usted...

CAPITAN. ¿Cómo, cómo?

AMADEO. Pero si yo soy paisano, y sobre todo, que no he nacido para eso.

CAPITAN. ¡Qué disparate! ¿No está usted viendo desafiarse todos los dias á millares de hombres que tampoco han nacido para eso, y aun cobardes declarados? Todo ello es hasta acostumbrarse. Nosotros tenemos la experiencia con los quintos: la primera vez que oyen el fuego están aturdidos; á la segunda ya se baten como si tal cosa. Lo mismo haria usted.

AMADEO. ¡Ps! podia ser. No digo que no me batiré la segunda vez; pero la primera nunca.

CAPITAN. ¿Y ni siquiera tiene usted idea de lo que es eso?

AMADEO. ¿Pues no la he de tener? Mire usted: estando en Sevilla, un señorito de Jerez me nombró su padrino en un desafío que tuvo con otro en Utrera, sobre quién habia de llevar á los toros á una gitanilla muy negruzca de allí, del barrio de Triana. Nunca olvidaré aquel lance. Llegamos al sitio: los enemigos se pusieron frente á frente, y nosotros los padrinos á uno y otro lado... A mí me empezaron á temblar las rodillas... Estaba yo blanco, blanco... como esa camisa que usted lleva. (Acercándose á reconocer la camisa.) ¡Que! mucho más blanco que esta camisa. El desafío era á pistola, y á ciento veinticinco pasos... Los dos eran diestros tiradores... Levantan los brazos... apuntan... disparan... al ruido acuden tres alguaciles del Asistente, y encuentran allí tendido... cadavérico...

CAPITAN. ¿Al de Utrera ó al jerezano?

AMADEO. ¡Qué! si ellos no se tocaron al pelo de la ropa. A mí, que me dió un patatús y caí redondo.

CAPITAN. ¡Hombre, hombre! eso es una cobardía.

AMADEO. ¿Y quién dice que no lo sea? Pero yo no lo puedo remediar. Lo mismo es ver cosa de armas, riñas, palizas, pendencias, me entra un temblor, un sudor frio... Yo creo que esto me ha quedado de resultas de las viruelas.

CAPITAN. Pues, amigo, yo le he de hacer á usted valiente, es absolutamente preciso. Usted es jóven, robusto, vigoroso... (Don Amadeo se estira y se cantonea.) ¡Qué diablos! Tenga usted más confianza en sí mismo, y en sus propias fuerzas.

AMADEO. (Mirándose al espejo.) Es verdad que soy robusto... y hasta ahora no habia caido en ello.

CAPITAN. Con que... ¡ánimo! ¡valor (Dánse las manos.)

AMADEO. ¡Valor!

CAPITAN. Sacudir la cobardía.

AMADEO. Sacudirla. (Dice esto con el ademan de un perro cuando se sacude.) Hombre, usted es el demonio. Usted

me infunde un espíritu, un esfuerzo... ¡Me siento tan animado, tan feroz, tan bravío!

CAPITAN. No hay como resolverse á ello. ¡Ea! Confio en que no me dejará usted mal, y voy á ver si puedo hacer que cese ese fiero Agamenon. Yo le arrancaré su consentimiento. (Yendo hácia la puerta.)

AMADEO. Sí, amigo mio, sí: arránquele usted todo lo que quiera... Pero aguarde usted, que aquí creo que viene la señora de Agamenon.

CAPITAN. Pues voy, y le dejo á usted con ella.

ESCENA XI.

DON AMADEO; despues DOÑA RUPERTA y CALVO.

AMADEO. (Mirando hácia la puerta.) Ve con Dios, jóven incomparable, digno del aprecio de todos los hombres, y del amor de todas las mujeres... excepto la mia.

RUP. Y sobre todo, yo no soy la que nombra los brigadas.

AMADEO. (Aparte.) ¡Calle! Este es el trapisondista de esta mañana.

CALVO. (A doña Ruperta.) Pero puede usted convencer á su esposo de que es una preocupacion la que tiene contra mí.

RUP. Ahora... no puedo... estoy ocupada. (Repara en don Amadeo.) ¡Ah! ¿Está usted aquí todavía?

AMADEO. Pienso que sí.

CALVO. (Aparte.) ¡Oh! Que está aquí mi hombre; buena ocasion. Decirme á mí que no soy valiente, cuando todo el mundo sabe...

RUP. Todo eso está muy bueno, pero á mí no me compete. ¿Don Amadeo?

AMADEO. (Con aire complaciente.) ¿Señora?

RUP. Hágame usted el favor de alcanzarme de esa alacena un copero que hay en la tabla de arriba, con una botella llena de Málaga y otra de...

AMADEO. Lo que es la de Málaga no está enteramente llena.

RUP. ¿Pues usted qué sabe? ¿Ni cuándo la ha podido ver?

AMADEO. No diré á usted; pero... me consta... lo sé de buena tinta.

RUP. Pues si yo supiera quién me ha tocado á mi vino de Málaga dulce...

AMADEO. Eso... se conoce que... los ratones... ó tal vez la polilla... Hay muchísima polilla en esta casa. (Esto lo dice acercando una silla á la alacena.)

CALVO. Pues como iba diciendo, señora, el grado que solicito...

RUP. (A don Amadeo.) Cuidado que no se rompa.

CALVO. Nadie le pide con mejor derecho. ¿Qué es eso caballero? (Dirigiéndose á don Amadeo.) ¿Qué tiene usted que decir?

AMADEO. (De pié en la silla con el copero en la mano.) ¡Yo! ¿Pues yo he dicho palabra?

RUP. Si don Amadeo no ha dicho nada.

CALVO. Perdone usted, señora; el señor ha hecho un gesto un poco grosero.

AMADEO. El grosero lo será usted.

CALVO. ¡Cómo! (Aparte.) ¡Bravo! Que ya me ha entendido. Usted me insulta, usted me provoca.

AMADEO. Y usted me fastidia. Vaya que el hombre no me deja en paz un momento.

RUP. Señores, señores, dejémonos de disputas (En toda esta escena Calvo hace á don Amadéo señas que este no entiende.)

CALVO. Cantorcillo de nonada, espanta-ratones.

AMADEO. (Bajándose precipitadamente de la silla.) ¿Qué sabe él? Quimerista, espadachin.

RUP. Mis botellas, mis botellas. (Le quita de la mano el porta-licor, y le pone sobre el piano.)

CALVO. Usted se atreve á... (Aparte al oido de don Amadeo.) Bueno, bueno, así va bien.

AMADEO. (Sin entender.) ¿Quiere usted dejarme en paz?

RUP. ¿Pero qué atrevimiento es este, en mi casa?

CALVO. (Aparte á don Amadeo.) Ahora es ella. Señor mio, estoy pronto á marchar al paraje que usted me señale, y le daré una satisfaccion.

AMADEO. (Remedándole.) Señor mio, usted me dará una satisfaccion con solo marcharse. El paraje me importa poco.

CALVO. Usted me ha llamado espadachin y grosero... esta señora es testigo.

RUP. Yo no quiero ser testigo ni andar en cosas de justicia.

CALVO. No se trata aquí de justicia, sino de saber que el señor me ha provocado.

RUP. Efectivamente, lo que es eso...

AMADEO. ¡Cómo efectivamente!—(Aparte.) Esta mujer está loca.

CALVO. Harto me he contenido por respetos á esta señora; pero usted se ha escedido hasta el punto de...

RUP. Es muy cierto.

AMADEO. ¿Conque es muy cierto? Vaya que es buena cosa... ¿Qué significan esos gestos de?... (Remedándole) A mí no me venga usted con gestos.

CALVO. (Aparte al oido de don Amadeo.) Hombre, no sea usted tonto.

AMADEO. Hombre, no sea usted machaca.

CALVO. (Con aire resuelto.) Pues bien, salgamos al campo.

AMADEO. ¿Al campo? ¡Qué campesinos son todos estos!

RUP. ¡Y qué! ¿No admite usted, don Amadeo?

AMADEO. ¿Yo, señora?

ESCENA XII.

DICHOS, RINCON y EL CAPITAN.

RINCON. ¿Qué alboroto es este?

RUP. Estos dos señores, que quieren batirse.

RINCON. ¡Estos dos! ¡Calvo y don Amadeo! Ja, ja, ja.

AMADEO. Calvo, Calvo solo, que don Amadeo no.

CALVO. Mi capitan, yo respeto á usted hasta en la preocupacion que tiene respecto de mi valor; pero

al señor no tengo por qué respetarle. Me ha insultado, y yo le desafío.

CAPITAN. Y él admite (Volviéndose á don Amadeo.) ¿No es verdad? (Aparte.) Animo, que tengo bien preparado al suegro.

AMADEO. (Con resolucion.) Sí, yo admito. (Aparte al capitan.) Diga usted, ¿qué es lo que yo admito?

CALVO. (Aparte.) Sin duda me ha comprendido ya. Pues bien, si usted quiere que sea con pistolas, justamente las mias están bien cerca: abajo las tiene un amigo.

RINCON. ¿Va de veras?

CAPITAN. Valor, don Amadeo, y el señor don Pedro Rincon admitirá á usted por su yerno.

RINCON. Yo... Si él se porta como debe...

AMADEO. Yo, señores, haré todo lo que ustedes quieran.

CALVO. Pues vamos.

AMADEO. Vamos. (Los dos se agarran del brazo y van hácia la puerta; al llegar á ella, don Amadeo se deshace del otro y vuelve atrás.)

AMADEO. Pero, señor, está bueno que sin razon ni motivo hayamos de ir á matarnos... Estando aquí en paz... Yo que no me meto con nadie... Y este hombre venir á... Eso es una barbaridad, matarse así los hombres como salvajes, como tígres... (Afligido y sollozando.) Yo no hago esas atrocidades... Yo no quiero... no quiero... ¡Mónstruo, mónstruo! quítate de mi vista.

RINCON. Ja, ja, ja... ¡Ya me la temia yo esa... Señor capitan, ha quedado usted lucido con su recomendado. Vamos, Ruperta. (Váse riendo con doña Ruperta.)

ESCENA XIII.

DON AMADEO, CALVO y EL CAPITAN.

AMADEO. ¿De qué se rie ese cetáceo?

CAPITAN. Don Amadeo, ¿qué ha hecho usted?

AMADEO. Pues digo bien, tengo razon.

CALVO. (Aparte.) El hombre ni aun en chanza quiere; pues esta es la mia. Una vez que el señor es tan bajamente cobarde, yo estoy aquí ya demás. Abur, amiguito. Señor capitan, ha quedado usted lucido con su recomendado: ja, ja, ja. (Se encamina á la puerta, y el capitan le ataja.)

CAPITAN. ¡Cómo! ¡Insolente! ¿Chancitas conmigo? Pues sepa usted que si el señor no quiere ó no puede batirse, yo siempre puedo y quiero.

AMADEO. ¡Bravo! Sóplate esa.

CALVO. (Todo turbado y aparte.) Malo es esto. Señor Capitan, yo no lo dudo; pero yo á usted...

CAPITAN. Usted á mí me ha llegado á cansar, y ahora va conmigo.

AMADEO. ¡Famoso! Ahora veremos; y será capaz de no admitir el collonazo.

CALVO. (Procurando serenarse.) Caballero, yo tengo un negocio pendiente con el señor, y hasta que este se ventile, las leyes del duelo no permiten...

CAPITAN. ¡Ba! Lo que ha habido con el señor no ha sido cosa de sustancia.

AMADEO. Pues ya se ve que no ha sido cosa de sustancia.

CALVO. (Aparte.) La mentira me valga. ¿Con que no es cosa un puntapié dado en público?

AMADEO. ¿Cómo?
CAPITAN. ¿Qué es eso? } (A un tiempo.)

CALVO. Sepa usted, señor Capitan, que yo he sido quien ha afrentado el otro dia á este hombre en la plaza de los toros.

CAPITAN. ¿De veras?

AMADEO. Mentira, si aquel era vizco.

CAPITAN. ¡Ah! eso es atroz. Pues entonces, don Amadeo, no hay remedio; ó se bate usted con el señor, ó conmigo, ó aténgase usted á las resultas.

CALVO. Afuera aguardo su resolucion. (Aparte á don Amadeo.) ¡Bravo! ¡lindo! sóplate esa.

ESCENA XIV.

EL CAPITAN y DON AMADEO.

CAPITAN. Eso ya pasa de raya; yo ya lo he tomado por mi cuenta, y es preciso salir del paso. Si usted se bate, amigos siempre... Mariana será su esposa...

AMADEO. ¿De veras?

CAPITAN. De veras. ¡Y si eso no vale nada! ¡un par de pistoletazos, ¡qué diantre! ¡Animo!

AMADEO. Sí: usted me anima, usted me... ¿Vendrá usted conmigo? Se pondrá usted juntino á mí.

CAPITAN. Por supuesto. Ea, vamos... vaya antes un trago. (Toma una botella y da una copa á don Amadeo.)

AMADEO. Venga, que ya me siento con unos brios... (El Capitan le echa de beber, y el temblor de la mano de don Amadeo hace sonar la copa contra la botella.)

AMADEO. (Despues de haber bebido, y escupiendo.) ¡Puah! ¡Hui! ¿Qué diablos es esto? Usted me da aquí rescoldo.

CAPITAN. Si es ron.

AMADEO. (Dando resoplidos.) ¡Fup! ¡Hap! ¡Qué lástima que sea tan fuerte!... Venga otro poquito.

CAPITAN. ¡Bravo! (Le echa, y don Amadeo bebe.)

AMADEO. ¡Juy! Cómo se lleva hácia allá la garganta; y qué calorcillo sube á la cabeza!... Otro poquito... Revento di forte.

CAPITAN. Perfectamente.

ESCENA XV.

DICHOS y MARIANA.

MAR. Don Amadeo... ¿es posible lo que acabo de oir?

AMADEO. Mariana de mi vida. (Don Amadeo se muestra de aquí adelante con la alegría y desenfado del que ha bebido pero no con embriaguez.)

MAR. Aparte usted... un hombre deshonrado...

CAPITAN. ¿Deshonrado?

MAR. Ese Calvo está diciendo de usted mil picardías; que es usted un gallina, un cobarde; que va á escupirle en la cara... que le va á dar á usted de bofetones...

AMADEO. ¡Miserable! (Arroja la copa al suelo, y se rompe.) ¿En dónde está, que quiero hacerle pedazos?

ESCENA XVI.

TODOS, menos RINCON.

CALVO. (Delante de la puerta.) Bien, mi capitan, me marcho, pero...

AMADEO. (Va á él, y le trae agarrado por el pescuezo.) ¿Cómo que te marchas? Ven aquí, cernícalo.

CALVO. ¡Ay! ¡ay! ¡ay!
RUP. ¡Don Amadeo!
MAR. y RUP. ¿Qué es esto?
CAPITAN. ¡Bravo! ¡brabo!
(Todas estas esclamaciones, casi simultáneamente.)

AMADEO. ¿No querias batirte? Pues vamos á batirnos.

CALVO. (Arrancándose de sus manos.) (Aparte.) ¿Qué le ha dado á este hombre? Vamos adonde usted quiera... Usted me debe una satisfaccion...

AMADEO. Lo que te debo es un puntapié, segun tú dices, y te voy á pagar doce... Toma, toma, tres... cuatro... (Le persigue por la escena dandole puntapiés atrás.)

CALVO. (Huyendo desatinado.) ¡Qué picardía! ¡qué infamia!

AMADEO. Toma... seis... siete. (Pasan por delante de la puerta á tiempo que entra Rincon, y recibe por equivocacion un puntapié. Don Amadeo, al dárselo, dice.)—Vaya, lo mismo es.

ESCENA XVII.

TODOS.

RINCON. ¡Ay! Don Amadeo, ¿qué es esto?

CAPITAN. Que mi amigo ha recobrado todo su esfuerzo, y vuelve por su honor. (Las dos mujeres separan á Calvo y á don Amadeo.)

RINCON. ¡Señor Calvo!

CALVO. (Sofocado.) Mi capitan... Don Amadeo, vamos á batirnos.

RINCON y CAPITAN. Vamos.

AMADEO. ¡Vamos!

ESCENA XVIII.

MARIANA y DOÑA RUPERTA.

MAR. Ay Dios, ¡qué horror!

RUP. (Mirando por la ventana.) Han salido al jardin; van á batirse.

MAR. (Cayendo en una silla.) Yo desfallezco, yo me muero.

RUP. Allí hay uno que no conozco... un músico de regimiento... ya saca las pistolas y las está cargando.

MAR. Por Dios, mamá, por Dios, cierre usted esa ventana.

RUP. Ya se apuntan. (Suena un tiro.)

LAS DOS. (Chillando.) ¡Ay! (Una pausa.)

RUP. Ya habrán muerto los cinco... ¡Dios mio! ¡qué horror!

ESCENA XIX.

DICHOS y RINCON.

RINCON. Ja, ja, ja, ja, ja.
RUP. ¿No te han muerto?
MAR. ¡Papá!
} (A un tiempo.)

RINCON. Ja, ja, ja... Ni á mí, ni á nadie... Se han puesto frente á frente... Amadeo ha tirado; ya me pareció á mí que no sonaba á plomo... Arranco la otra pistola á su contrario... la registro... ¡Qué bala ni qué niño muerto? Pólvora sola.

LAS DOS. ¡Pólvora sola!

ESCENA XX.

DICHOS y EL CAPITAN.

CAPITAN. Amigo, aquel hombre se porta.

RINCON. Sí; como un jugador de manos.

CAPITAN. Nada de eso: indignado de tal superchería, ha arrebatado la espada á ese desconocido... á ese músico... y con ella ha arremetido furioso á su contrario.

RINCON. Todo será de mentirigillas... comedia, farsa.

ESCENA XXI.

DICHOS y CALVO, huyendo despavorido; DON AMADEO.

CALVO. ¡Favor! ¡Socorro!... Ese hombre está frenético. (Va á guarecerse con doña Ruperta.)

AMADEO. (Espada en mano.) ¿Dónde está ese cobarde; ese collonazo? (Le tira una estocada.) Muere, perro.

CALVO. (Huyendo.) ¡Por Dios, que me mata, que me mata! ¡ay! (Se apoya en la mesa y se arroja por la ventana.)

ESCENA XXII.

TODOS, menos CALVO.

CAPITAN. Bravo, amigo, eso me gusta.

AMADEO. Y como hago con este, haré con todo el que se me atreva. ¡Jun! (Resoplando y con señales de coraje.)

RINCON. ¡Bravísimo! ¿Y si viniera el de los toros?

AMADEO. ¡No me le nombre usted, señor don Pedro! Que venga, que venga si es hombre... (Aparte.) La fortuna es que no vendrá. (Limpia la espada con el pañuelo.) Ya que se empeñan en sacarme de mis casillas, lo verán. (Cantando con arrogancia.)

Si quereis sangre,
sangre tendremos,
la verteremos,
y sangre habrá.
Pero mezclada
con sangre nuestra...

Ay, ay, ay... (Arroja la espada.) ¿qué es esto? sangre... estoy herido.

MAR. ¡Herido! ¡Pobre don Amadeo!

CAPITAN. No es nada. El mismo se ha hecho en la mano una cortadura... es el bautismo de sangre.

AMADEO. El bautismo... en la mano... Pues bien, querido papá suegro... esta mano ya *bautizada*, espera la *confirmacion* de usted para recibir el *matrimonio*. ¿No era una mano ensangrentada la que usted apetecia para unirla á la de su hija?

CAPITAN. Sí, sí, se la ha ganado: ha cumplido su deber.

AMADEO. ¡Buenos deberes! ¿y si quedo inútil para mi oficio?

RUP. Vaya, Perico...

MAR. ¡Papa!

AMADEO. ¡Papá mio!

RINCON. No fio mucho; pero en fin: yo le tenia por el hombre más cobarde del mundo, y Calvo se ha encargado de ocupar este lugar. Se arreglará la boda.

AMADEO. ¡Se arreglará! ¡qué dicha!

CAPITAN. ¡Víctor! Venga esa mano.

AMADEO. (Al dársela.) No me haga usted daño.

RUP. ¡Ay Dios! un cubierto más, porque don Amadeo comerá con nosotros.

AMADEO. Acepto, y que haya ron para los postres.

RINCON. Mejor es ahora para echar un bríndis.

TODOS. Sí, venga, venga. (Toman copas, y Mariana sirve ron. Don Amadeo se Adelanta, y dice dirigiéndose al público:)

Si de esfuerzo natural
no plugo el cielo dotarme,
no importa mucho: con tal
que buen licor sepan darme,
yo me le haré artificial.
Pero lo que más valor
podrá llegar á infundirme,
(público amigo y señor),
será que á más y mejor
te empeñes en aplaudirme.

FIN DE LA PIEZA.

Junta de Censura de los teatros del Reino.—Sesion del 21 de Abril de 1849.—Aprobado menos lo tachado y devuélvase.—Baltasar Anduaga y Espinosa.

NOTA. Lo tachado por la Censura se halla en la página 14 señalado con este signo ».